

Ha concurrido a diversos certámenes literarios en Andalucía y Castilla-León, habiendo recibido distinciones entre las que destaca el Primer Premio de Relato del "IV Certamen Literario Carmen de Michelena" (Beas de Segura, Jaén).

Rocio Rubio Garrido

(Sevilla, España)

Tercer Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

BECA DE VERANO

Ven, sígueme, adivíname tras la falda plisada de vuelo. Déjame un mensaje anónimo en el correo que me haga fantasear con la ilusión de un deseo reprimido y morboso. Te espero desde hace meses, días, fracciones de segundos descuartizados sobre la esfera de mi reloj impaciente. Te espero en este sueño erótico desdibujado que clama por materializarse.

Empecé a desearte en los pasillos angostos de aquella productora donde recalé el verano de 1997. Yo acababa de llegar con mi certificado de notas y la carta de la universidad que me proponía como candidata para pasar un verano de prácticas, forma eufemística de



catalogar a la mano de obra juvenil y barata, deseosa de aprender por poco más de 300 euros al mes. Cómo iba a imaginar que los cuarenta grados a la sombra iban a ser soportables antes de que te cruzaras en mi camino –o yo en el tuyo, no estoy aún segura– como el aliciente definitivo para sobrevivir en medio de aquel enjambre de oficinistas neuróticos adictos a la cafeína. Dócil y calladita, atenta a tus palabras. Entregada y sumisa, como esperaría cualquier divo al mando de un departamento. Así me esforcé en presentarme ante ti, aunque ello me supusiera tirar por tierra muchas reflexiones filosóficas de corte feminista. Qué importancia tienen las teorías asimiladas a la luz de la lámpara del flexo cuando las piernas temen perder el equilibrio y hasta la menstruación amenaza con adelantarse ante la evidencia de la seducción. De golpe, mis compromisos sociales hipotecados en una vulgar calentura. Las ganas de propiciar una avería en el ascensor que terminara con un encierro forzoso, tu cuerpo sobre mi cuerpo, o no, mejor el mío sobre el tuyo para no terminar de traicionar la máxima feminista de la mujer ejerciendo el control de la situación. Por supuesto, no llegué a averiar el ascensor, aunque ganas no me faltaron.

Entiéndelo, era demasiado joven como para calibrar las consecuencias que acarrearían la sarta de gilipolleces engendradas en mi cabeza. Estaba en tercero de Publicidad y era la primera vez que me introducía en el mundo adulto. Ilusionada, estaba tremendamente ilusionada. Después de tres años sufriendo una larga lista de asignaturas teóricas sin pragmatismo evidente, tenía la oportunidad de poner en práctica esos conocimientos que me costaron muchas tardes de encierro en la biblioteca. Supongo que todavía te estarás descojonando cuando recuerdes lo emperifollada que me puse el día de la presentación. No sé

qué me inspiraría para optar por un pantalón de pinza rosa fucsia combinado con una camisa entallada que simulaba ser pija, aunque el caballito bordado del pecho con el jinete mal montado me delataba en la imitación barata. Zapatos de tacón bajo y bolso regateado a mi madre en un renuncio, toda una mujercita de 21 años. Brillo de labio ligeramente rosado y rimel transparente al más puro estilo voy arreglada pero sin que se note.

— Te presento a Maite, nuestra nueva becaria. Va a estar con nosotros hasta septiembre.

Eran las palabras del jefe de personal, un tipo gordo de manos hinchadas al que no volvería a ver hasta el final de las prácticas. Tú en esos momentos finiquitabas una conversación por teléfono mientras buscabas algo en la maraña de papeles que colonizaban tu mesa.

— Muy bien. Bienvenida, becaria.

Ni siquiera una ceja arqueada, una sonrisa a medio abrir, un gesto que corroborara ese mensaje de bienvenida que aseguraban tus palabras. Folios compitiendo con números atrasados de periódicos para hacerse un hueco en la mesa. Yo permanecía en un inquietante hieratismo, ridícula con mi blusa pretenciosamente lujosa frente al que sería mi tutor de prácticas, que ni siquiera se molestaba en escudriñar mi silueta para saludarme por los pasillos cuando me encontrara. Jugaba con el asa del bolso a la espera de oír una frase, una cadeneta de palabras que me hicieran sentir persona, más allá del apelativo demolidor de becaria sin identidad propia. Dos segundos, diez, tal vez veinte. El aire acondicionado congelaba los sufridos dedos de mis pies, atrapados en una talla treinta y siete.



Seguía inmóvil frente a tu efigie a la espera de una indicación que me ubicara en medio de aquel territorio hostil, con gente deambulando frenética de una mesa a otra y el continuo gorgojeo de las impresoras vomitando informaciones sin pausa. Durante esos instantes sentí por vez primera el vértigo de la soledad laboral, el desamparo de verme fuera, desprotegida del embrión de la universidad. Cuando por fin lograste dar con el papel que tan afanosamente buscabas, me miraste por encima de las gafas:

— ¿Y qué sabes hacer exactamente?

— ¿Perdón?

— Que me expliques lo que te han enseñado esa panda de ineptos que dan clases.

El primer impulso que tuve fue el de enumerarte la lista de asignaturas troncales y de libre configuración que me había tenido que tragar hasta el momento, pero la impaciencia rebosaba en tus ojos, poco dispuestos a dispensar una atención que se saliera de lo estrictamente protocolario. Ojos minúsculos, alтивов tras el armazón de unas gafas de diseño, insensibles a los cambios de temperatura, gélidos, descaradamente azules. Labios finos en un gesto tatuado de desdén, excesivamente resecos -¿quién te los habrá mordido?- ásperos como lijas de uñas. Por supuesto que me gustaste. Aunque la primera medida fuese la de mandarme al archivo de la hemeroteca para clasificar documentos.

— Pero en mi convenio dice otra cosa.

— Tú ordena lo que te he dicho. En mi época los becarios servíamos café a los jefes. Considérate afortunada.

— ¿Y cuando acabe de clasificar?

— Te pones a leer el periódico, o lo que te dé la gana. La becaria del año pasado se traía una novela.

Asentí con la cabeza. Cuando lo más coherente hubiera sido ponerte de vuelta y media ante el decano de la facultad, yo acataba tu voluntad sumisa. Tuve conciencia entonces de que me iba a pasar el resto del verano pendiente de cada gesto tuyo, alerta a tus palabras para poder psicoanalizarlas en la intimidad de mi diario, buscando nuevos significados que no fueran concebidos antes de ser emitidas. Como la colegiala gordita que se cuele por el profe de educación física, yo estaba perdiendo mi capacidad de raciocinio por ti, que ni siquiera te habías llegado a aprender mi nombre.

— Oye becaria, el día que necesites irte antes no tengas ningún apuro en hacerlo.

Estas palabras aún sigo sin saber interpretarlas. No sé si las dijiste con la intención de hacerme un favor, o es que realmente te daba lo mismo verme la cara y por eso me advertías de que mi presencia era totalmente prescindible. Yo en cambio sí que necesitaba verte. Eras el único aliciente que me impulsaba a ir hasta la productora cuando los termómetros estaban a punto de reventar, la motivación más poderosa que tenía para vencer la tentación de fugarme a la playa con las prácticas a medio terminar. Realmente tenía que estar encoñadita contigo como para



soportar la chulería de seguir llamándome becaria, con todas las connotaciones que arrastra el término. No es que pueda presumir de ser estrecha —que no lo soy—, pero sí que llevo a gala el no haberme desollado aún las rodillas en afanosos menesteres que implican contener la respiración durante algunos segundos. Además, ni siquiera soy capaz de compartir una litrona por la repulsa que me provoca tomar contacto con babas de extraña procedencia. Te puedes imaginar lo escrupulosa que soy, lo desajustado que me venía el término peyorativo de becaria pronunciado con resonancias cachondas.

Mi nombre, común y bisílabo, se te escapaba. Con lo fácil que hubiera sido decir Maite desde un principio; María Teresa si lo prefieres, Tere en un derroche de confianza. Se sucedían los días y tu capacidad de retentiva no experimentaba ninguna mejora con respecto a mi nombre.

— Oye, ¿tú no sabrías traducir del alemán, no?

— Algo sí que sé.

— Es que nos ha llegado un texto que no entendemos, y hombre, si nos podemos ahorrar el dinero en un traductor, pues mejor.

—Sí claro, sin problema— respondía yo, solícitamente imbécil, dañinamente pastelosa. Gillipollas, no pararía de repetirme durante el resto de la jornada. Te tienen ninguneada y encima pretenden que le hagas el trabajo perro así, por toda la cara. Reproches auto amonestados que se diluían tan pronto como tu sonrisa gélida brillaba desde un extremo de la sala y el azul ultramar se descongestionaba en un celeste tierno.

Me enfrascaba en las tareas repudiadas por el resto de la plantilla con la esperanza de que me valoraras. De gustarte, vamos a hablar claro. Porque más allá de la satisfacción profesional que sucede a un escueto “felicidades”, a mí lo que realmente me importaba era excitarte, pensar que la posibilidad de atrancarnos en el ascensor no era del todo descabellada.

Ideé estrategias absurdas para hacerme visible. Desde salir con la cremallera bajada del cuarto de baño hasta poner el tono más hortera a mi móvil para recabar tu atención a la fuerza. Te reirás incluso cuando sepas que me llamaba a mí misma para joder tu concentración y adueñarme de ella durante breves segundos. Pasaban las tardes pegajosas de agosto y amenazaba el loco septiembre con entrar de lleno en mi recta final de prácticas. Ya sé que no es lo habitual que los pringadillos que hacen oficiosamente sustituciones en verano pasen a engrosar la plantilla, a no ser que te toque la carambola de coincidir con alguna compañera en avanzado estado de gestación. Sin embargo, mentiría si dijera que en el fondo no me aferraba a la posibilidad –remota, pero posibilidad al fin y al cabo- de conseguir hacerme un hueco entre los afortunados con nómina y vacaciones remuneradas. Pensaba que lograría quedarme, a pesar de las palabras del gordezuelo de recursos humanos que ya nos advirtiera de la imposibilidad de hacer carrera.

— Aunque hagáis las prácticas estupendamente, aunque os escriban una carta de recomendación, aquí no se queda nadie- dijo antes de repartirnos por los distintos departamentos de la productora.

— ¿Y no hay ninguna posibilidad de que se abra la bolsa de trabajo?



— Eso no ha pasado nunca, pero si te hace ilusión dejar el currículum, adelante.

El burgués obeso nos había dejado claro que éramos totalmente prescindibles, pero yo me aferraba a la posibilidad de burlar su pronóstico y que un milagro de última hora me hiciera recalar a tu lado. Por eso me afané la última semana con el maquillaje, y hasta hice un sacrificio económico para engrosar mi fondo de armario con modelos que se alejaran del tufo cateto y clásico con el que te sorprendí en un principio. Mi apariencia de empollona anticuada se transfiguraba en la de sofisticada publicista, como una cenicienta contemporánea que triunfa sobre las compañeras-hermanastras que la putean. Pero tú seguías sin reparar en mí. Misógino, pensé, a tres días escasos de que dieras por finalizada mi estancia. Martes, miércoles y jueves que se sucedieron con la expectativa de una buena noticia repentina. Nada alteró el destino fatídico de marcharme con mi certificado de prácticas bajo el brazo, con la doble derrota de no conseguir hacerme un hueco en la productora ni de atraerte.

— Que tengas suerte- fueron tus últimas palabras. Suerte, como quien desea feliz navidad o da los buenos días, con esa automatización insípida. Aún hoy conservo el tono exacto con el que pronunciaste esa escueta palabra, el azul de tus ojos volando distraído por otro ángulo de la sala. La tiranta de mi sujetador rojo asomando tímidamente por el escote se quedaba huérfana de una mirada provocadora. Salimos de la sala y coincidimos por última vez en el ascensor: tú ibas a la hemeroteca, yo a la calle. Mi perfume de moras silvestres concentrado en el estrecho habitáculo con moqueta roja y espejo. El deseo de que se rompiera algún cable y nos

quedásemos suspendidos en mitad de las plantas tercera y cuarta. Las ganas de sacar del todo la tiranta roja para obligarte a mirarme. Milésimas de segundos que decidirían mi futuro más inmediato. Las ansias concentradas en las puertas automáticas de acero... El ascensor no llegó a atrancarse.